

## GAVIDIA Y SU OBRA

*Por el Dr. Napoleón Rodríguez Ruiz.*

Desde luego, ésta no es una conferencia. Tal vez, apenas, una charla. Charla o conferencia, fue una temeridad, lo reconozco, el haber escogido como tema la obra del insigne maestro Francisco Antonio Gavidia. Tantas cosas se han dicho de él, tantas facetas de su obra han sido ya estudiadas y expuestas, que nada nuevo quedaría, tal vez, que decir en esta oportunidad ante ustedes. Sin embargo, acaso haya un aspecto que, o no ha sido tratado, o ha sido considerado muy ligeramente. Me refiero a la devoción del ilustre maestro, por la democracia. La obra toda de Gavidia está vitalizada por eso que en él fué idea central: la democracia. Esta va a través del verso, de la comedia, o del drama, como una corriente subterránea que aflora a veces a la superficie, y luego se hunde, haciéndose invisible para el profano, que no penetra hasta el núcleo esotérico de la obra.

Séame permitido, pues, fijar este aspecto de la obra gavidiana como objeto de esta charla.

Vivió el Maestro en una inmensa soledad. Arisco y huraño como sus cabellos lacios, su obra la realizó de puertas adentro. Jamás tuvo un desplante demagógico. Fue sencillo y puro. No supo de las triquiñuelas políticas, ni de las maniobras oscuras para conquistar posiciones. No significa esto que permaneciera indiferente a la vida del país. Al contrario, supo auscultarla con acierto y presentar, desnuda y fría, la realidad social.

No es cierto como algunos afirman que haya vivido de espaldas al pueblo. En todos sus escritos, el pueblo, como entidad, ocupa lugar relevante. Sólo que, como hombre superior, de estilo literario de corte clásico, profundo, su lenguaje no es asequible muchas veces al lector corriente. El se vale de alegorías, de la leyenda y la mitología para expresar su pensamiento. Y quien no sepa interpretar aquéllas, se quedará prisionero en la forma de los conceptos.

La preocupación que siempre le acompañó por nuestra reali-

dad nacional está diseminada en toda su obra, y una muestra de ello es la cartilla “El Desanalfabetizador” que escribió para enseñar a leer.

A diferencia de la mayoría de intelectuales que traicionan su misión y se ponen mediante paga al servicio de un partido, o de una causa sectarista, Gavidia permaneció limpio, insobornable, al servicio exclusivo de las letras por lo que éstas tienen en sí de grande, noble y bello. Jamás le vimos doblegarse ante el halago del poder o la riqueza. Su vida es un ejemplo de entereza moral, de virtud cívica y de austera ecuanimidad.

Esta es la fase que más seduce y que hace inconfundible la solidez de su personalidad.

Pobre, pobrísimo, ingenuo y solitario, jamás conoció la doblez, ni el servilismo, ni la dádiva vergonzante.

Cuántos otros, en cambio, en situación menos precaria, se vendieron al mejor postor, ensalzaron tiranos y abjuraron de los principios que otrora sustentaron.

Nadie osará poner en duda la pureza política del maestro. Aquí, en este medio en donde la contaminación provocada por el virus de la política destruye y corroe el espíritu, defendido con armadura de acero, se mantuvo fuera del contagio. Y no es que no hiciera política. La hizo, pero política en el verdadero y alto sentido del término. La hizo a lo largo de sus escritos, en prédica constante. ¡Qué hondo sentido tiene, por ejemplo, su canto a Centro América! Esta obra la escribió cuando él llevaba a cabo una campaña de formación de sociedades culturales y cooperativistas, como resultado de la cual, se crearon unas cincuenta entidades que iniciaron una revolución ideológica que empujó la transformación de las instituciones de la República. ¡Qué cuadro más sombrío pintó Gavidia en ese canto! Pueblos telúricamente unidos, pero separados por barreras de egoísmo, de odio y de ambición. Pueblos sometidos a la voluntad de un solo hombre, grupo o familia, como en los albores de la conquista. Pueblos en los que el derecho es lo que acomoda al que manda y en los que las pobres patrias son grandes latifundios administrados por un capataz. Y lo más trágico es la pervivencia de aquel cuadro. Basta para convencerse de ello leer la primera estrofa:

Centro América duerme  
silenciosa e inerme.  
El sueño del olvido de los mundos;  
sus pueblos son estériles llanuras,

zarzales infecundos;  
temerosas y agrestes espesuras  
que hincha de negra savia el egoísmo;  
por esta selva lúgubre y sombría,  
su horrible paso en las tinieblas guía  
leñador infernal, el despotismo.

En el drama "Ursino" se aboga por la paz entre las clases sociales, con cuadros de escenas reales de los días anteriores a la independencia. Habéis leído, sin duda, este drama de Gavidia.

Es muy bello y ajustado a las más estrictas reglas del teatro de la época. Fue representado en el Teatro Nacional de San Salvador por primera vez el primero de abril de mil ochocientos ochenta y siete por la compañía Luque, cuya principal actora doña Soledad A. de Luque, desempeñó—a decir del propio Gavidia—con notable acierto el papel de doña Luz de López, representativa de la alta nobleza colonial.

El fondo del drama es la lucha entre las clases monárquicas y las masas oprimidas por el poder absoluto del conquistador. El capitán Partideño (aquí Gavidia recoge una leyenda salvadoreña), capitán de bandoleros, cuya consigna es la guerra a muerte a los ricos, a los nobles, a los clérigos monárquicos, es el personaje central del drama. Ese capitán, convertido en bandolero por culpa de una sabandija de apellido Ursino de Orbaneja que le robó a la esposa virgen en la propia alcoba nupcial; ese capitán excomulgado, perseguido, con su cabeza puesta a precio personifica todo el rencor, toda la gama de sensaciones de odio, de repulsa y de venganza que hicieran que un día se rompieran las cadenas de la esclavitud y se proclamara la igualdad y la fraternidad.

Aquel capitán, valiente, temerario, que decapitaba nobles y asaltaba conventos, sufría indeciblemente cuando alguno de los de su pandilla cometía algún desaguisado con las gentes pobres. Y lo condena a morir: "Yo os he dicho—les arenga—que dejéis al militar sin cabalgadura, sin espada, sin uniforme y sin dinero; que despojéis al clérigo de su sotana y al fraile de su capucha; que os apropiéis de los bienes de los ricos y los hagáis caminar a pie cuando caigan en vuestro poder; que asaltéis las cargas de dinero escoltadas por paisanos que van al arzobispado y las rentas de la Corona de España que conducen las escoltas; a los pobres, a las mujeres y a los niños no les habéis de tocar un pelo de la cabeza".

Y ¿cómo terminó El Partideño? Con un acto de sencilla grandeza. Encontrándose cercado con otros compañeros, hizo que éstos se salvaran y quedóse él solo para que, capturándole, la autoridad no persiguiera a los otros. Mas no contó con que un joven—casi un niño—que habíase incorporado a la banda para vengar la muerte de su madre, rehusara la huída y se quedara con él. No había tiempo que perder, y en esos preciosos instantes dióle al niño un arma para que apareciera que lo llevaba a entregar. Así salvó la vida al joven, en la seguridad de que perdería la suya.

Fue el maestro un hombre enamorado de la democracia. Le canta con fervor, como sólo le cantó a la novia de la primera juventud. Las luchas de la independencia, alumbramiento doloroso de la libertad, fueron el tema que siempre tuvo ante sí, y lo analizó concienzuda y exhaustivamente. Su “Estudio Filosófico-Histórico de los Acontecimientos salvadoreños de 1814” demuestra en qué forma investigó e interpretó aquel proceso. Pintando el ambiente que surgió a raíz de 1811, dice: “Se sentía que sobre la ciudad, en el cenit, un ángel permanecía, con las alas desmesuradamente abiertas y teniendo en la mano la espada desnuda de la revolución”. Citando algunos hechos que fueron la simiente de los acontecimientos de 1814, agrega: “Uno de los días de febrero de 1813 un noble de los de calzón corto, casacón y medias de seda bordadas de oro, sombrero de tres picos, zapatos con hebillas de plata y el nombre de muchas palabras, Don Gregorio Díaz de la Cerda, se detenía ante un papel que había fijado en la pared de una casa”. En estos párrafos Gavidia deja asomar el desprecio que la nobleza opresora le ha inspirado.

El dicho estudio es una preciosa relación de la forma cómo se fraguó el movimiento revolucionario que serviría de antesala a 1821. Y no puede menos que admirarse a los sectores de aquel drama que tendría como desenlace la muerte y la libertad. Tres conceptos se barajaban en las reuniones de los conjurados: independencia, República, federación. De los tres, el que no admitía discusión ninguna era el primero. Todos estaban conformes en que la meta final tenía que ser la independencia, sin regateos, sin componendas, sin concesión alguna. Podía decirse que había un partido que surgió espontáneo, como fluye el agua de un manantial, sin reglas, sin elección de jefes, en el cual las contribuciones habían de ser de sangre y espíritu. Ese partido tenía su propia filosofía, dinámica, actuante, con ideas fundamentales sobre las formas de gobierno, el sufragio, la Revolución, y sobre todo con

un conocimiento profundo de la psicología del enemigo contra quien estaban combatiendo.

Gavidia explica todo esto con calor, con la emoción rezumando en cada palabra, como sintiendo correr por sus venas la misma onda fervorosa que encendía la llama del heroísmo en los Próceres.

Y va narrando poco a poco las peripecias de la lucha del partido contra las autoridades monárquicas. “En esta lucha de los partidos—dice—se ve inferioridad moral de la monarquía; todos los triunfos de los independientes son fundados en la ley; todos los de las autoridades reales son actos de tiranía”.

Luego describe con dolor el fracaso, la derrota y el cierre del 2º acto del gran drama de la independencia.

Ese mismo amor a la libertad hace que en Gavidia resalte un aspecto interesante: la devota admiración por la ciudad de San Salvador, que él considera como el núcleo de la rebeldía y como el epicentro de las nuevas doctrinas que van ganando terreno día a día, aun entre gentes que antes eran consideradas como afiliadas a la monarquía. Llega hasta atribuirle a la ciudad un destino mesiánico de libertad, y la hace vivir como si tuviera un alma, un cerebro, un espíritu. En su pensamiento la ciudad es un ente que padece, que ama y llora. Que espera y desespera. Y que dirige los pasos de los hombres por los senderos de la liberación.

En su hermoso “Panegírico de San Salvador” forjado como él lo dice, con el recuerdo puesto en el “Panegírico de Atenas” escrito por Isócrates, señala el destino providencial de la ciudad que será siglos después de su fundación el alma de la libertad.

Empieza por citar la descripción que de la comarca de Cuzcatlán en la cual se levantará la ciudad, hizo el cronista Brasseur de Bourbourg, y que dice así: “Llanuras magníficas se escalonaban en terrazas inmensas, desde las orillas del Océano Pacífico hasta la base de los volcanes de Chingo, de Cuzcatlán y de Xilopango, bañadas de innumerables arroyos, ofreciendo, en un espacio de doce a quince leguas las más variadas producciones. Estas ventajas no podrían dejar de llamar la atención de los proscritos de Soconusco. Los de la tribu llamada después de los pipiles seducidos por los atractivos del lugar y las riquezas que el suelo fecundo extendía espontáneamente a sus miradas, anunciaron a los demás su intención de no ir más lejos; y éstos que eran como la mitad del éxodo continuaron su peregrinación y no se detuvieron por fin, sino en las tierras que se extienden al Norte y al Oeste del Golfo de Conchagua”.

Se fundó la ciudad más o menos en el centro del valle. De acuerdo con la organización administrativa española, se erigió luego la institución municipal. Las primeras casas se construyeron a la vera del río y se las conoce en conjunto con el nombre de “La Aldea”. Había en La Aldea un sitio cerrado por los muros de la Plaza Real. A ese sitio, sin saberse por qué, la institución municipal le dio el título de “La República”. El que se dirigía a ese lugar viniendo del Sur—dice Gavidia—es decir de “La Aldea”, o viniendo del Norte, es decir de lo que el Padre Gage oyó que llamaban “los montes chontales”, si era preguntado por algún conocido, ¿a dónde vas? contestaba: voy a la República. Palabras proféticas, pues en San Salvador, ya desde entonces “se iba a la República”.

Podía arrancar de allí la profecía: Gavidia lo indica. San Salvador estaba mesiánicamente destinada a ser la cuna de la República.

La profecía se cumplió al pie de la letra. A San Salvador pertenece 1811 y 1821. Y fue en San Salvador también en donde el 11 de enero de 1822 se reunió el ya famoso Cabildo abierto, en el cual se acordó la independencia de El Salvador, para formar una República, en desafío abierto contra México, Guatemala y todo el poder imperialista de Centro América.

Gavidia, amargamente, termina su panegírico, haciéndose una pregunta y dando él mismo la respuesta: “¿Dónde están los restos, dónde están los huesos de esos próceres, cuyas cualidades deben ser objeto de estudio para todo el mundo?”

La respuesta: “Esta ciudad ha vivido más para sufrir que para pensar en la propia gloria y en sus propios hechos. Guerras fratricidas innumerables la han probado sólo en el cumplimiento de su deber y su destino; no le ha sido dado sonreír ante la escultura que nos dé la sensación elevada de su entidad moral; y en medio de tanto dolor que ha agravado la misma naturaleza móvil de su suelo, no ha podido ver dónde cayeron las más preclaras figuras de su historia; por eso, ¡extranjero! hasta ahora nuestros más grandes ciudadanos sólo hallaron la fosa del soldado desconocido”.

¡Ah!, decimos nosotros, y cuánta cosa más se podría agregar como causa del desconocimiento del lecho de muerte de los próceres.

¿Podría decirse que un hombre, un escritor que así analiza los hechos gloriosos de nuestra patria, de nuestra ciudad, vivió de espaldas al pueblo como algunos lo han afirmado? ¿Podrá

decirse que, encerrado en sí mismo, no compartió la angustia de nuestro vivir cotidiano, el dolor de un pueblo que aún no ha conocido la redención, de un pueblo que a siglo y cuarto de distancia del sacrificio de los proto-independientes, no ha encontrado su ruta ni ha satisfecho sus perennes aspiraciones de libertad y de vivencia de sus derechos fundamentales? Claro que no. Ha sido publicado un retrato de Gavidia hecho por el magnífico artista Valero Lecha, pocos días antes de la muerte de aquél. ¡Gavidia moribundo! El cabello hirsuto, rebelde se desgrena a los lados de la frente, y unos mechones que se levantan dobladizos, dan la idea de un matorral alborotado por un viento caprichoso.

Los ojos semiabiertos, apretujados, como en un esfuerzo por aprisionar la luz. La frente, mansa, ancha y hermosa está cruzada por arrugas profundas, caminos por donde ha fluido el pensamiento. El conjunto del rostro es el de un "ecce homo" yacente, y sugiere la imagen de un Cristo torturado.

¡Gavidia moribundo. No sé por qué nos vienen deseos de caer de rodillas y orar para rendir el último homenaje a la grandeza de un genio!

¡Gavidia agonizando! Es indudable que también agoniza la República.

No es posible hacer en los estrechos moldes de una charla, un análisis de la obra gavidiana. Ni tengo capacidad y alientos para hacerlo.

Mas, deseo insistir en la tesis que se ha divulgado tanto, del hermetismo de esa obra. Se ha dicho que su poesía es ininteligible, que es fría, intelectual y falta de espontaneidad. Quienes así piensan no han hecho, indudablemente más que un examen superficial de sus trabajos poéticos. Hay que seguir la evolución de la personalidad de Gavidia para constatar como se va produciendo en él en forma ascendente el crecimiento del pensamiento. La edad y el estudio ponen su sello en la poesía. Y al romántico que forja versos sencillos de amor va sucediendo el poeta maduro que se adentra en sí mismo y se pone en contacto con la realidad ontológica del hombre, con los problemas de la vida y con los secretos de la creación. De esta manera nace esa poesía suya, a la que se quiere atribuir un esoterismo que está muy lejos de tener, al menos en el sentido teo-místico de ese vocablo. Si hay algo escondido en esa poesía, es pensamiento en corriente impetuosa y conceptual. ¿Acaso no es esa la tónica de la obra de Goethe? ¿No es por ventura, el Fausto el poema más esotérico que se haya conocido en la literatura? Y ¿es por eso menos grande Goethe?

Se ha dicho también que su teatro es anacrónico, pueril y elemental.

Pero la verdad en todo esto es que la mayoría de esos críticos desconocen la obra de Gavidia.

Hablan de ella por referencias. Y van repitiendo, como un lugar común, lo que alguno por darse tonillos de gran señor de las letras, dijera en su crítica.

Las generaciones actuales con ese desprecio vanidoso que sienten por todos los valores literarios y científicos de otras generaciones, no se toman el trabajo de conocer, de escudriñar sus obras. Preguntad a alguno de estos jóvenes quiénes han leído “El Júpiter”, “Torre de Marfil”, “Amor e Interés” y os dirá moviendo los labios con desdén, que si toma cualquiera de esas obras para leerlas, se le cae de las manos.

Olvidan ellos que los conocimientos humanos van encadenándose entre sí y que toda nueva postura filosófica, científica o literaria hunde sus raíces en la antigua, tomando de ella la savia fecunda. Cada pueblo tiene su tradición de cultura, y la de unos se forja fincándose en la de otros. Me atrevo a afirmar que Shakespeare no habría sido posible sin la tradición cultural inglesa y sin su fantástico pasado legendario. Goethe, ¿de dónde extrajo su Fausto sino de leyendas germanas que surgieron en el pueblo al compás de la marcha por los caminos del mundo buscando su destino? ¿Y qué decir de Miguel de Cervantes?

No, el afán de la juventud de arrasarlo y destruirlo todo, la coloca en el riesgo de perecer entre las ruinas. Mirad hacia atrás jóvenes siquiera una vez al día y os convenceréis de que es suicidio separar de un tajo el presente del pasado, porque nos quedamos sin asentamiento en los pies. Mirad hacia atrás y ese empuje admirable que lleváis en las venas se tornará en corriente impetuosa, perenne y fertilizante.

He oído decir, reiteradamente, que Alberto Masferrer, es superior a Gavidia. Afirmar esto es revelar desconocimiento de la obra de uno y otro. No es posible un parangón entre ambos. Gavidia está a muchos metros de altura de Masferrer. No hay paralelismo, ni en sus vidas ni en sus obras. Masferrer es un gran escritor y un periodista insigne, pero carece de la profundidad filosófica y científica de Gavidia.

Masferrer fue un escritor popular. Con convicción y habilidad periodística supo divulgar doctrinas como la del “Mínimum Vital”, que no eran nuevas, pero sí desconocidas en nuestro medio intelectual y social.

Además, la obra de Masferrer, rica y fecunda, sin duda, ha tenido más divulgación. Obreros, trabajadores, intelectuales, viejos y jóvenes, muchísimas gentes leyeron sus artículos publicados en "Patria", periódico que, como tribuna del pensamiento, marcó una época en el periodismo salvadoreño.

Mucho bien hizo Masferrer, y lo hace aún después de su muerte, con la perennidad de su obra. Pero no creo que tenga derecho a llamársele "maestro y ejemplo de juventudes" como se le llama frecuentemente. Esto sea dicho con toda la sinceridad y la buena fe de que puedo ser capaz.

Los que contemplan desde lejos las figuras señeras de un país, lejos en el tiempo y en la historia, no tienen una noción exacta de la personalidad de esas figuras. Masferrer, tal vez por su mayor contacto con la vida pública, por haber sido un militante de la política en épocas en que se entronizaban oligarquías en el poder y lo explotaban a su antojo, tuvo que incurrir, como todo ser humano, en errores que la grandeza de su inteligencia y lo empeñoso de su labor periodística y literaria, opacó luego.

En cambio, Gavidia, permaneció inmaculado. Toda su vida fue un ejemplo de constancia en la tarea, de limpidez cívica, de austeridad científica, de modestia y humildad.

Había entre ambos una diferencia temperamental. Masferrer, aun cuando fue un idealista, llevaba dentro de sí al hombre de lucha, dispuesto a aprovechar la menor oportunidad para llevar a la práctica sus ideales. Este espíritu combativo lo llevó a tomar posturas políticas, inmiscuyéndose en campañas eleccionarias en las cuales estaría mal acomodado.

Toda la vida de Masferrer fue una encrucijada. Vivió prisionero entre dos mundos: el de la realidad y el de la fantasía. De aquí surge su conflicto interior, del cual es trasunto su obra toda. Presiente que entre esos dos mundos no hay conciliación posible y entonces trata de encontrar un hilo, siquiera que los una, como un eslabón. Y, sin duda tras la búsqueda de ese eslabón, es que se embarca en la aventura política que inicia el ocaso de su lucha, el fracaso y el desastre. Lo más extraño es que se lanza a ella con pleno conocimiento de que cometía el más grande error de su vida. En efecto, ya él, en otra ocasión, había dicho: "No será difícil explicarse aquel extraño fenómeno de nuestra historia, que muchas veces nos ha mostrado a los peores tiranos rodeados y seguidos por los hombres de mejor intención. Arduos reforma-

dores, convencidos de que abajo, en el pueblo, no podían encontrar sostén ni ayuda para sus instintos de reforma, buscaron el patrocinio de los gobernantes y les colocaron a la cabeza de movimientos que éstos, ni comprendían ni amaban. Fueron burlados, como debían serlo, y se sacrificaron sin más fruto que dar prestigio a ídolos de barro y fortificar el egoísmo y la mentira, cuando todos sus anhelos los llevaban a ser los servidores del desinterés y la verdad”.

He ahí, perfectamente definidos, los resultados de su participación en la campaña eleccionaria de 1930, en la cual enarboló como bandera su doctrina del *Mínimum Vital*. Alborozado, cree poder realizarla desde el poder, en la Asamblea de Diputados para la cual fue electo. Pero bien pronto se da cuenta de que lo han engañado, de que sólo fue un instrumento para conquistar un triunfo electorero, y que aquel movimiento sólo había sembrado vientos, que después devendrían tempestades. Así terminó su lucha. Y, aunque él no lo quiso, contribuyó a que se malograra uno de los únicos ensayos de libertad de sufragio que ha tenido la República. Después vino la orgía sangrienta de 1932 que todos conocemos. Masferrer, desengañado, mordido por la soledad y sus recuerdos, está en el exilio. Se ha rendido en la lucha, pero, siempre grande, sabe aceptar la derrota.

Gavidia, en cambio, es un hombre fuerte, moral e intelectualmente, que sabe a dónde va. Filósofo profundo conoce las limitaciones que el mundo circundante impone a las aspiraciones humanas. Conoce que los sistemas políticos y económicos sólo se cambian a través de un proceso lento de transmutación de los valores negativos, y que la mayoría de las veces, las revoluciones, la violencia, sólo producen el cambio de personas y deja vigentes los sistemas.

Claro que no sólo los militares ganan batallas. También las gana el escritor, el poeta, el filósofo. Pero la batalla que éstos ganan es el resultado del trabajo lento y tesonero de muchas generaciones. Es el resultado del sacrificio de muchas vidas entregadas al servicio amargo y dulce de las ideas redentoras. Y viene entonces, por ejemplo, la muerte de la monarquía y el nacimiento de la República, la desaparición de la eterna noche medieval y el surgir del Renacimiento. Viene la caída de la Bastilla. Viene un quince de Septiembre de mil ochocientos veintiuno.

Nuestro gran humanista prefiere trabajar en silencio, contribuyendo con su obra gigantesca, la cual no está aún conocida en

su totalidad, a la forja de la personalidad de la Patria, a la conquista de un nombre para ella en el mundo de la cultura.

En estos campos yermos de los países centroamericanos, Gavidia es casi un milagro, como milagro es Rubén Darío, su discípulo. Es cierto que el ambiente intelectual de la segunda mitad del siglo XIX es propicio para las letras. Grandes movimientos literarios se producen en el mundo. Pero el medio centroamericano es hostil. La política es la única preocupación seria que desvela el espíritu de los ciudadanos. Los cuartelazos están a la orden del día. La armonía social se rompe por las rivalidades políticas. Hay una rapiña por el poder. La literatura en boga es la que aparece en las proclamas revolucionarias, los manifiestos de partidos, los mensajes del Jefe victorioso, que siempre, en todos los tiempos, ha sido lo mismo: sosa, llena de lugares comunes, de una ampulosidad desesperante. Muchos escritores sucumben y se ponen a sueldo para redactar los mensajes presidenciales, folletines ditirámicos, y aun bandos de buen gobierno. ¿No es entonces justificado decir que el surgimiento de Gavidia es algo milagroso? Y ¿no es de admirar, con admiración reverente, a ese hombre que pudo salir limpio y majestuoso, de ese caos moral y político en que en esos días se movía la República?

Así traspasa las fronteras del siglo XIX, y la primera mitad del XX, la recorrerá en su misma línea de conducta, fiel a su patria y a su espíritu. Y logró dejarnos una obra unitaria, alentada por el ideal democrático. Con ella nos lega también el ejemplo de una vida de trabajo, de altruismo y probidad intelectual. Debemos recoger ese legado y aprovecharnos de él en la forma que el maestro lo había deseado: siguiendo su ejemplo de rectitud y entereza cívicas, de amor a la patria, de anhelosa devoción a la cultura.

Enaltezcamos a Gavidia; admiremos a Masferrer. Ambos son grandes. Y ya que, con pretensiones inauditas, nos tomamos el derecho de juzgarles, pensemos que, fuera de Sócrates y Jesucristo, ningún hombre de los que han movido el progreso de la Humanidad ha sido químicamente puro. *Errarum humanun est.*, dice el proverbio latino. El errar es de humanos. Por lo tanto, pongamos en la balanza los errores y contentémonos con que el fiel se incline a favor de éstos.

Además, es necesario, es indispensable que un pueblo cuente con sus hombres guías. Debemos exaltarlos a ellos, que fueron

los mejores, pese al cúmulo de circunstancias adversas frente a las cuales les tocó actuar.

Es hora ya de que El Salvador pueda decir: éstos son los hombres que han formado nuestra historia. Que las nuevas generaciones trabajen bajo su sombra y cumplan con la tarea que esta época extraordinaria que está viviendo el mundo ha colocado sobre sus hombros.